

EL GRAN MAGO Y EL ASPIRANTE

Mungaratón llegó hasta Millias, la ciudad de la Magia, en donde los magos salían más que aprendidos, siempre y cuando pasaran varias pruebas, todas ellas difíciles en extremo.

Se instaló en una humilde residencia debido a su penuria económica. Al día siguiente, muy temprano, se dirigió a la escuela de magia, que era un pequeño castillo que cambiaba continuamente de color. Otros diecinueve aspirantes a grandes magos se sentaron en absoluto silencio esperando la presencia del Doctísimo Mago, Random, alias el Cambiante. Era una enorme sala con forma triangular acabando en un elevado techo circular en donde se representaban todas las constelaciones del cielo nocturno. Uno de ellos era bastante mayor, y Mungaratón pensó como supuestamente pensaban todos: ¡A buenas horas viene este puto viejo de mierda! Todos parecían de humilde condición, a excepción de un joven muy apuesto, aunque menos que Mungaratón, que lucía sin disimulo alguno, muchos anillos que parecían de oro y piedras preciosas; pensó que serían baratijas, y por ende, el chico, un perfecto imbécil pretencioso. Mungaratón se frotó las manos, con esos rivales tan julailas, tendría muy fácil ser el más aprendido de todos.

Sobre la gran tarima, se postraba un trono decorado con repujadas y coloridas bestias jamás contempladas por los allí congregados. Como no podía ser menos, en un momento dado, y ante el asombro de todos, algo gaseoso se empezó a adivinar encima del mencionado trono. A decir verdad, nadie dudaba de que se materializaría un mago de considerable edad, un anciano delgado y con larga cabellera canosa. Pero sin embargo, lo que primero que se formaron, fueron unos brazos y unas piernas muy musculadas. Luego un torso con los pectorales fuertemente marcados, siguiendo una cabeza con el pelo cortado al dos como mucho, y sin ninguna arruga, amén de una prominente nariz nada fea, y unos grandes ojos negros que recordaban los de un buitre. A continuación aparecieron dos grandes manos y dos no menos imponentes pies, y ... para redondear el asunto, una amplia túnica verde con ribetes de oro, unos mocasines de un rojo chillón, y encima de todo aquel modelado cuerpo, un gorro del que pendía por detrás una bola de lana amarilla como doblada a la derecha con un fino alambre. Ninguno perdió detalle de tan chocante presentación perteneciente a un mago tan importante como Random; más de uno y de cuatro permanecía con la boca abierta cuando se dispuso a decir las primeras palabras, mostrando una dentadura en perfectas condiciones:

-Bienvenidos todos seáis -su voz era tan fina y chillona como la de los murciélagos, lo que produjo alguna disimulada, aunque audible risita -. Casi nada es lo que parece, y las primeras impresiones son muy traicioneras - de inmediato se acabaron tan irrespetuosas maneras -. Y bien ... - se hizo un silencio inmaculado durante cuatro segundos -. Primero ante todo, es menester presentarme. Como ya sabéis me llamo Random, y seré el profesor que os enseñe magia superior y quien os examine, para dictaminar si valéis o no más que un mago de tres al cuarto. No tardaré en averiguarlo, en mucho menos tiempo de lo que pensáis. Tened muy

presente una cosa de vital importancia: la humildad y buen elegir puede ser en todo momento la clave del éxito en esta empresa. Ahora os toca presentaros uno a uno, y huelga decir, que no es necesario os explayéis innecesariamente, pues en la brevedad está una de las más grandes virtudes. También he decir, que aquel que sepa, porque lo sabrá, y no necesita mentirse ni mentirnos, que no vale para mago, y por lo tanto, no sabe ni hacer un cero con un canuto, se levante ahora mismo y salga por aquella puerta - señaló con una mano y el dedo índice desplegado. Por su puesto que nadie lo reconoció, y después de tan manido discurso se fueron presentando de izquierda a derecha según posición de Random.

Abrió fuego el que estaba muy adornado de supuestas joyas, que como mucho, de ser reales, las debiera haber robado.

-Saludos a todos, y sabed que me llamo Servando y vengo de tierras lejanas sitas al sur, más concretamente de Pandonia, conocida villa por tan buenos asados que allí preparamos para cualquier buen forastero que bien se preste visitarnos. Cierta día, cuando era pequeño, llegó a nuestras tierras un mago, pagando su sabrosa comida con una serie de artes mágicas, como un peral que daba frutos todo el año; o más maravilloso aún, debido a la sequía que duraba varios meses, con sus manos dirigidas al cielo creó nubes e hizo que lloviera. Todos quedamos maravillados, y un presente, no fue menos, y desde entonces siempre he querido ser un mago, pero uno de los buenos, y por eso estoy aquí.

Mungaratón pensó que no era más tonto porque había llegado al límite de estupidez.

-Muy bien Servando -dijo Random -. Permitidme preguntaros que hacéis portando joyas que no lo son, si no baratijas que no dan el pego ni por asomo.

Todos se rieron a mandíbula batiente.

-Dada mi humilde condición - Servando no se reía por supuesto -. No puedo portar nada mejor que estas joyas de latón pintadas por mi hermana Gusinda.

¡Gusinda! ¡Gusinda! -Gritaron todos partiéndose de risa -. ¡Gusinda! ¡Gusinda!

-¡Basta ya! - se puso en pié Random, enormemente cabreado -. ¡El nombre de nadie es motivo de mofa, y menos si pertenece a una dama!

-Gracias, gran mago - dijo Servando postrándose de rodillas delante de su silla.

-¡Volver a sentaros en vuestra silla, mentecato! - ordenó el mago, y muy rápido acató tan clara orden el hermano de Gusinda con muchos coloretos en las mejillas.

Nadie osó descojonarse de risa por la posible reprimenda de Random.

Dos opositores a gran mago hicieron su presentación de forma muy seria, tocando el turno ahora al abuelete.

-Mi nombre es Gustavo Rocaforte, y vengo de lejanas tierras, al oeste de esta honorable ciudad, donde se sitúa esta no menos honorable escuela de magos. Ciertamente tengo ya una edad más que respetable, pero ya conocen el famoso dicho que dice: los viejos son como niños - todos los congregados no pudieron por menos que llorar de la risa que les entró acallándoles Random con un puñetazo en la mesa -. Digamos que nunca es

tarde si la dicha es buena. Ya de pequeñito me interesó la magia como una mera diversión, un pasatiempo más. Empecé con trucos de cartas y malabares con antorchitas, ya saben, cosas de poca monta. Pero un buen día cayó en mis manos, en una feria de agosto muy famosa en Dubidam, mi ciudad natal, un libro de hechizos que estaba a muy buen precio. Ya en casa lo miré detenidamente, y me sorprendió sobremanera que se pudieran llevar a cabo cosas tan extraordinarias. Intenté llevar a la práctica algún hechizo, pero me fue totalmente imposible, por lo cual me entró una depresión más grande que un macizo montañoso. En definitiva, y sin extenderme más, aquí he venido para aprender lo que es realmente la magia.

-Me temo que fracasarás buen amigo -comenzó diciendo Random con pausada voz-. Pero con buena, o más que buena actitud, todo es posible. Simplemente desearte mucha suerte, porque además de trabajo, mucho empeño, la necesitarás sin duda alguna.

Nuevamente hubo grandes amagos de grandes risotadas, pero todos se contuvieron. Todos los demás se presentaron y hablaron de sus grandes expectativas. El último en intervenir fue Mungaratón.

-Muy buenas, mi nombre es Mungaratón, y soy un avanzado ... aprendiz de mago errante y autosuficiente - como no podía haber sido menos, todos los asistentes se mofaron con enormes risas por tan pretenciosa presentación, y de nuevo Random tuvo que intervenir dando dos puñetazos en la mesa faltando poco para desgraciarla -. Vosotros reiros, pobres ignorantes - respondió altaneramente-. Y claro, Random le abroncó:

-¡Alto muchacho! Mal empezáis esta empresa siendo tan pomposo, cuando muy posiblemente, no tenéis idea ninguna de magia, ni siquiera de la más elemental.

-¿Queréis que haga una demostración de mis conocimientos de magia? - preguntó poniéndose en pie con expresión de mala leche en su semblante. Los aspirantes quedaron entre impresionados y alucinados por la bronca que podía caerle, aunque todos deseaban que se columpiase y quedara en ridículo.

-Adelante pues, no os reprimáis, somos todos ojos y oídos - asintió Random.

Sin varita alguna ni instrumento alguno, valiéndose de las manos y los pies, empezó a dibujar cabriolas (hasta Random a penas podía reprimir su descojone) haciendo dibujos grotescos en el aire, y a cada segundo se elevaba más del suelo, hasta llegar a una nada despreciable altura de medio metro ... dando dos palmadas con las manos y los pies, volvió a tomar suelo. Se hizo el silencio cuando todos advirtieron que alrededor de Random había una sandía, un melón, un kilo de plátanos, un cántaro con cinco litros de leche, una cesta con dos docenas de huevos morenos, un bocadillo de chorizo, y para acabar, tres no menos hermosos pavos vivitos y coleando. Al cabo de no menos de un minuto, Random rompió el silencio aún no recuperado del todo. Los demás seguían callados.

-¡Que alguien se lleve todo esto! -acto seguido se tapó los ojos y de inmediato los volvió a abrir-. No, no es necesario -si alguien pensaba que hablaba solo era verdad -. Hizo unos pocos movimientos con la mano derecha y todo aquello desapareció como visto y no visto.

-¿Le gustó, señor? - preguntó Mungaratón reflejando en su rostro la gran victoria cosechada, según él.

-He de reconocer que no esperaba contemplar algo ni remotamente parecido. ¿Sabes hacer algo más, y que no sea tan aparatoso?

-Por supuesto.

-Como por ejemplo ... Y sin hacer demasiados aspavientos, por favor.

Mungaratón entonces cerró ambos ojos y se dispuso a una gran concentración mental, pues se le hincharon las venas del cuello como si le estuviera hirviendo la sangre. Hasta que en un momento dado, todos empezaron a mover los ojos de un lado para otro en círculo, pues se vieron a la vez cuatro Mungaratonés idénticos, eso sí, sin durar demasiado, pues de inmediato volvió a ser uno solo.

-No creas que me impresionas tanto, Mungaratón, pues estas cosas ya las conocía como no podía ser menos, reconociendo que tienes materia prima para dar y tomar. De todas formas, has de ser mucho más humilde. Recuerda esto constantemente si no quieres que te carcoma la egolatría, pues no te queda nada por aprender, chico... -Random se levantó y juntando las palmas de las manos miró al suelo, y dando un giro de trescientos sesenta grados, se convirtió en un anciano muy delgado con larga cabellera canosa hasta los hombros -. Ahora comprendéis que me llamen el cambiante, no os asustéis.

-¡A mí no me habéis asustado! - dijo Mungaratón muy soberbio.

-¡No me interrumpas, ignorante! - expelió Random con rasposa e iracunda voz -. ¡Ahora verán ustedes que hago con este sujeto que me tiene tan harto! - se dirigió a los demás, y de su dedo índice izquierdo salió un rayo de luz zigzagueante que cubrió a Mungaratón convirtiéndole en una estatua de piedra del tamaño de una cuarta. Se acercó a lo que quedaba del aprendiz de mago, y tras agacharse, lo cogió con una mano y se lo guardó en un bolsillo. Nadie dijo nada -. Creo que por hoy a sido todo. Podéis levantaros e iros. Mañana os quiero aquí a las ocho de la mañana.

Random marchó a su residencia situada a las afueras de Millias. Era una casita de una planta, muy coqueta pues era de color rosa claro, y nada más abrir la puerta con un gesto de las manos, salió al encuentro del Gran Mago su perro Taltarrabás, que era de buen tamaño y soltaba babas por doquier, sin que le importara que se las restregara por toda la cara. Antes de cerrar la puerta mágicamente, se convirtió en una apuesta mujer, joven y muy hermosa y no menos dotada. Para que le dejara en paz, materializó un sabroso hueso y el can lo agarró con los dientes desapareciendo por un pasillo. Random subió por una escalera de caracol hasta sus aposentos. Sacó del bolsillo la pequeña estatua de piedra en que había convertido a Mungaratón, y lo posó sobre la mesilla de noche, justo al lado de un reloj de arena con mucho más de la mitad de su contenido por caer, a un ritmo muy parsimonioso. Ahora tenía por delante un reconfortante baño con espuma.

Desde luego que Random no era un mago común y corriente; le apodaban el Cambiante, pues era capaz de transformarse en casi cualquier cosa, y eso le daba mucho juego; a parte era el profesor de la Academia de

Magia de Millias. Pero por las noches daba rienda suelta a sus fantasías como cualquier habitante del Mundo. Le gustaba mucho pasarse por una mujer de armas tomar y reírse de los hombres haciéndoles trastadas por las noches; era un tío cachondo donde los hubiera. Cierta noche tuvo la ocurrencia de transformarse en un mosquito y picar a las chicas mientras dormían en el culete, pues era verano y no había mejor estación del año para tener más facilidades de éxito sin hacer demasiada magia. Pero no siempre se pasaba haciendo el tonto, por no decir, el payaso. Por ejemplo, una vez sofocó un gran incendio en una granja cuando volaba por los cielos transformado en un murciélago, salvando la vida a toda una familia compuesta por ocho miembros. Todo esta devoción por la noche, se comprende fácilmente por su atareada obligación de profesor por el día, ya que sólo descansaba los domingos, los cuales ocupaba durmiendo todo el día para recuperar fuerzas.

Random nunca supo como había nacido; según sus investigaciones fue traído a la Tierra desde otro mundo, en el lejano espacio, no necesariamente en un planeta, posiblemente comenzara su existencia en un cometa, el cual se estrelló contra la Tierra. Sus primeros recuerdos eran de su más temprana niñez, con un año como máximo, cuando estaba encerrado en una urna de cristal en una cueva a mucha profundidad. El primer ser que recordaba era una especie de ogro, un cuadrúmano deforme de gran tamaño. Cuando creció lo justo para casi no caber en dicha urna, el ogro, que se llamaba como luego supo, Berberatón, le liberó. Pero Random, que así se hizo llamar él mismo, no le había llegado a odiar por su cautiverio; pues comprendió desde un principio que debía de ser así. Todo debía tener una explicación, pero nunca le interesó mucho saberlo. Esa misma noche abandonó la cueva volando, como dotado de un instinto totalmente natural, sabiendo así que era más especial de lo que creía. Con el tiempo supo que era un gran mago, pues mago era la palabra usada para los que tienen grandes poderes, y gran para los que poseen poderes superiores a los de los magos más corrientes. Es muy difícil explicar todo esto con meras palabras, pero los hechos eran más que fehacientes de sus portentosas habilidades. Posiblemente era el segundo mago más poderoso de la tierra, pues el primero era el incomparable Millistrón, el Guardián de Todo el planeta Tierra, el cual moraba principalmente en Urlam, una ciudad tan especial, que no era tal en realidad, siendo imposible una definición más cercana a la realidad.

Random nunca haría mal a nadie, como mucho le podía torturar un poquito, si no todo lo contrario. A pesar del gran mago que era, había algo que no podía hacer, y que le molestaba mucho, no siendo otra cosa que devolver la vida a los que ya habían fallecido, como mucho podía hablar a los muertos durante un corto tiempo, eso sí, sin que supieran de su fallecimiento. En el pasado se había casado con otra maga, su amada y añorada Elisabetta, pues falleció en un terrible accidente cuando preparaba unas pócimas muy peligrosas. Random tardó mucho en recuperarse en lo posible por tan terrible acontecimiento. Si hubiese podido devolverle la vida ... ¿Por qué se dedicaba a la enseñanza de lo mágico? Porque necesitaba saber si alguien más podía llegar algún día a tener tantos poderes como él, y poderse retirar tras miles de años a una vida más sosegada; en fin, algún reto debía marcarse, si no su aburrimiento sería insoportable. Entonces,

posiblemente, intentaría saber más sobre sus orígenes, pero de momento no le interesaban. Es normal en la gente creer que ser un poderoso mago es todo un chollo, pero la mayoría usarían sus poderes para cometer maldades, como si el ser Humano fuese por naturaleza pusilánime, cruel, malo en esencia, como si la Tierra tuviese algo invisible que le hiciese ser pernicioso. Afortunadamente no todos son iguales. Pero sí se puede generalizar entre los verdaderos magos, los grandes de verdad: todos son buenos aunque a veces pueda parecer lo contrario, porque si no, ¿dónde estaría la gracia? Y otra cosa sobre los humanos: todos son libres de hacer lo que ... lo que hacen, es como una regla no escrita pero que hay está. ¿Quién gobierna el Universo, o tal vez, Universos? Alguien o algo debe ser, pero desde luego que ni Random ni nadie más está capacitado para tal conocimiento imposible de saber, ni lo estará jamás. ¿Pero esto le importa realmente a nadie? Regresando a la Tierra, es decir, a lo que nos interesa, la vida de un Gran Mago no es tan sencilla como podía pensarse en un primer momento.

Aunque ahora era una pequeñita estatuilla, Mungaratón seguía siendo consciente de todo, aunque no podía ver, y maldecía su arrogancia estúpida que le había llevado a tan ridícula situación. ¿Se perdería el resto del curso? Para un aprendiz de mago era toda una contrariedad. ¿Y si nunca volvía a ser como antes? Random no podía ser tan malo, y esperaba que sólo fuese una demostración de sus poderes y una lección de humildad para con él.

Cuando ya estaba desesperado, a punto de volverse loco si tal cosa podía decirse de una estatua, notó moverse el cajón y dio gracias que Random se acordara de él. Le agarró una mano bastante sudada, según dedujo, que le depositó en un bolsillo.

Oyó cerrarse una puerta, y al rato otra; sin duda había salido de la casa. El bullicio le molestó muchísimo, pero no duró demasiado, pues un gran silencio hizo presencia en todo momento, que podía ser una buena señal o no. Estaba harto de permanecer dentro una mano tan pringosa, mas sin embargo, en un momento dado dejó de sudar y notó que un par de dedos le sujetaban de una pierna. Tenía la sensación de estar bocabajo. No se había equivocado, porque recuperó la visión teniendo el suelo a muchos metros; y sí, ¡horror!, Random había volado a la misma altura de las nubes, y le tenía colgado por una pierna, pero aunque quiso, no pudo bracear ni apartar la visión ante una posible caída tan desgraciada.

-¿Qué pasaría si te soltara? -preguntó el gran mago-. No te oigo, Mungaratón. ¡Claro, eres una estatuilla y no puedes decirme nada! Pero podía devolvete a tu estado original, y así me podrías responder ...

A continuación con un simple chasquido de los dedos de la otra mano le reconvirtió en carne y hueso, pero no le devolvió a su anterior tamaño.

-¡Socorro! ¡No, por favor! ¡Socorro! ¡Piedad, oh gran mago! -exclamó Mungaratón como un renacuajo asustado, a punto del colapso.

-¡Ves como en el fondo eres un aprendiz de mago errante y poco suficiente! -dijo riendo con los dientes apretados, con in disimulada ira.

-Entiendo que seáis único e insuperable. ¿Qué queréis de mí?

-¡Que voléis! ¡Que voléis!

Dicho y echo, Random le soltó y Mungaratón no dudó en agitar los pies y las manos mientras braceaba y pataleaba precipitándose con dirección a un doloroso desenlace. Pero no era tan tonto como creía el Ser Superior, y su magia, aunque muy vista, de nuevo le salvó, pues como era tan pequeñito, con solamente crear un tomate de tamaño medio, fue todo lo que necesitó para que le amortiguara el golpetón cuando se precipitó contra la calva de un lugareño sentado en un banco de piedra, tomando el sol, que según el médico, era bueno para su marcada alopecia. Debido al tomatazo desde tan elevada altura, cayó redondo hacia adelante, inconsciente; ayudando también que no pesara mucho (él, no Mungaratón) pues además era muy bajito (no tanto como Mungaratón) y tuviese una avanzada edad, cayendo de bruces contra un bebedero de caballos como se llaman a los abrevaderos, estando apunto de ahogarse. Afortunadamente a esas horas de la mañana no había más gente en la plaza de la ciudad, lo que contribuyó a que nadie viera descender a toda prisa a Random para salvar al pobre hombre, que se marchó a su casa como si nada hubiera pasado por un encantamiento del gran mago, a excepción de un buen chichón que pronto le empezaría a doler; en resumidas cuentas, poca cosa le ocurrió. Mungaratón no dejaba de reír por lo ridículo que había sido todo.

-Bien que te Ries ahora, cabrito -dijo Random con cara de pocos amigos-. ¡Ya me tienes harto con ese truquillo tuyo!

-Lo que debéis hacer de una vez por todas es devolverme el tamaño que tenía antes y dirigirnos a la academia de magia - apeló mientras se quitaba los restos del tomate que tenía por todo el cuerpo -. Pero no se esperaba que Random le hiciera alzarse unos metros como si fuese un pelele, para ir a acabar de cabeza en el abrevadero-. ¡Eso se avisa antes, cacho... gran mago.

-Vamos a la academia, de camino irás recuperando tu tamaño a medida que te vayas secando.

-Entonces todo sea por ello - Mungaratón se quitó un buen peso de encima.

Continuará...